

CAPITULO X.

Admite Felipe el cargo de gobernar su congregacion.



LUEGO que se estableció la congregacion en la nueva casa de Vallicella, el siervo de Dios continuó, como lo habia hecho hasta entónces, sirviéndola como un amigo y dirigiéndola con sus consejos; pero sin agregarse á ella. Los ruegos é instancias de sus hijos no pudieron por mucho tiempo hacer variar su determinacion: tanto así repugnaba á su humildad aparecer como su fundador, y recibir los honores de este cargo. Por otra parte le daba mucha pena renunciar la cruz que le proporcionaban, hacia ya tanto tiempo, los moradores de la casa de San Gerónimo. Sin embargo, viendo los Oratorianos la inutilidad de sus esfuerzos, y no pudiendo ya soportar la separacion de su buen padre, ocurrieron á un medio que no po-

dia dejar de darles un excelente resultado. Lograron interesar en su proyecto al cardenal Cesio, y este habló sobre el particular al sumo Pontífice, quien le encargó ordenase á Felipe se estableciese inmediatamente en Vallicella. Este mandato terminó el negocio; porque el hombre de Dios sobre la marcha salió de San Gerónimo y entró á Vallicella en medio de sus hijos. Verificóse este acontecimiento el mes de Diciembre del año de 1583, dia de la fiesta de Santa Cecilia.

La obediencia triunfó de su humildad; pero supo consolar á ésta en su pena, y castigar santamente á sus vencedores; hé aquí de qué manera. Cuando se trató de transportar sus pobres muebles de una casa á otra, los distribuyó uno á uno entre los padres, reservándose tambien uno para sí. En seguida los puso en dos hileras y los condujo de esta suerte, á medio dia, al través de las principales calles de la populosa Roma, sirviendo de gran diversion á los que los miraban. Esta humillacion era precisamente lo que buscaba Felipe para él y los suyos; y ninguna otra cosa hubiera podido serle mas agradable. Al dejar su pobre cuarto no quiso abandonarlo para siempre; conservó en su poder la llave de él hasta el fin de su vida, é iba de cuando en cuando á visitarlo. Por lo demas, el cambio de lugar no alteró en nada sus prácticas espirituales, y para conservar mejor su recogimiento interior, puso su habitacion en las azoteas de la casa, allá, lejos del bullicio inevitable en un lugar tan

concurrido, y daba á la contemplacion todo el tiempo de que podia disponer.

Sin embargo, como no era el único objeto de aquellos padres, al querer tener á Felipe en su compañía, edificarse solamente con sus virtudes, se reunieron, y de unánime consentimiento le eligieron por su superior. Este honor no pudo agradar á un hombre como Felipe que mas queria obedecer que mandar; pero tuvo que imponer silencio á su repugnancia y que inclinar la cerviz á un yugo tan odioso á su humildad; aunque para que no quedase esta sin esperanza, el primer uso que hizo de su autoridad, fué el disponer que este empleo solo habia de durar tres años. Los padres no creyeron conveniente contradecirle, porque estaban decididos á reelegirle luego que se cumpliese este tiempo, lo que hicieron en efecto; mas despues se avergonzaron de esta condescendencia y el mismo año le pombraron superior perpétuo. Protestó Felipe contra esta determinacion, y por mucho tiempo no quiso acceder á ella; pero al fin tuvo que resignarse á la inflexible voluntad de sus hijos. Esta congregacion, digámoslo de paso, no era ciertamente un órden religioso; los que entraban á ella no hacian votos, promesas, ni juramentos, y por consiguiente eran libres para dejarla sin gravámen de sus conciencias. Diéronse, pues, unas constituciones que sancionó de propia autoridad el papa Paulo V. Su ministerio consistia en dar los ejercicios de que ya hemos habla-

do, en oír las confesiones, y en esplicar la doctrina cristiana.

Cuando ya estuvo todo definitivamente arreglado, se dedicó el santo á formar sus obreros evangélicos. He aquí desde luego cuales fueron sus preceptos respecto á la predicacion. “Cuidareis, les decia, de evitar los refinamientos de una vana elocuencia, que consiste en la eleccion y disposicion de las palabras. La mision del predicador, no es lisongear el oído de los oyentes, sino ilustrar sus entendimientos y mover sus corazones. Estudiareis vuestros discursos, no con el objeto de haceros estimar como sábios y eruditos, sino con el de convertir las almas. Procurareis arrancar las lágrimas de vuestros oyentes y no sus aplausos. Los medios con que lo conseguireis son: hablar siempre en un estilo sencillo, fácil y fervoroso; pintar con vivos coloridos la fealdad del vicio y la hermosura de la virtud, tomando algunos ejemplos útiles é interesantes de las vidas de los santos.” Para que llegasen á acostumbrarse á la práctica de estas reglas, les hablaba de ellas con frecuencia, asistia á sus discursos, á lo ménos en los primeros años, y les interrumpia la palabra cuando se separaban de sus prescripciones.

Sabia muy bien que el orgullo siempre quiere saber mas y mas, y por lo tanto no permitia á sus discípulos que estudiasen cuanto querian, sino que les señalaba una medida prudente, segun aquella expresion del Espiritu Santo: Conviene saber so-

briamente: "*Oportet sapere ad sobrietatem.*" Era su grande objeto mantener y robustecer en ellos el espíritu interior; y de aquí es que les recomendaba mucho la oracion de por la mañana, no permitiéndoles faltar á ella por ningun pretexto, y ve-
laba tambien en la ejecucion de los demas ejercicios que ordenaba el instituto. Quería que sus sacerdotes celebrasen diariamente, lo que por desgracia era muy raro en aquel tiempo, recomendándoles fuesen mas bien ligeros que largos en la celebracion del divino sacrificio, aunque siempre sin detrimento de las rubricas. Si alguno se dejaba llevar de las dulzuras de su devocion, le reprendia seriamente y le mandaba reprimir esas consolaciones importunas. En la oracion les decia, es donde puede uno entregarse con toda libertad á los afectos del corazon; pero en la misa deben guardarse consideraciones á los que la oyen. Prevenia que los domingos y dias de fiesta, todos los confesores permaneciesen en la iglesia desde el amanecer hasta el medio dia, para recibir á los penitentes que se acercasen al santo tribunal; pero en el resto de la semana solo dos de ellos estaban encargados de este ministerio.

Tan sábia institucion no podia dejar de producir, y produjo en efecto, abundantes y copiosos frutos. De aquí es que otras muchas ciudades de Italia, se apresuraron á establecer casas semejantes; pero el santo fundador no quiso por entónces permitir que su congregacion se extendiese á otro lugar,

ni mucho ménos que ella se encargase de gobernar las que se formaban á su imitacion. "Pueden tomar nuestras reglas, decia, pero sin filiacion con nosotros: que cada una se conduzca como le parezca." Esta medida no fué por entónces de la aprobacion de algunos padres; pero mas adelante echaron de ver cuán prudente era, y elevaron una súplica al sumo Pontífice, para que la confirmase con su autoridad, lo que hizo su Santidad por un decreto irrevocable.

Constituida ya de esta suerte la congregacion, la creyó su fundador una obra indestructible; siendo tal su conviccion, que hubiera visto desertar á todos sus discípulos sin causarle la mas mínima turbacion. "Es obra de Dios, decia, y ella ha de permanecer, pues su conservacion no depende de los hombres; ¿no tiene dicho en su Evangelio que puede hacer de las piedras hijos de Abraham?" La envidia y el temor nunca tuvieron entrada en su corazon. Vino un dia un sugeto á decirle cuando se hallaba rodeado de los padres, que algunos religiosos habian establecido en la iglesia de su convento, unas distribuciones semejantes á las suyas. Los padres censuraron esta imitacion, y fueron de parecer que no debia permitirse. "¿Y por qué no? replicó con presteza el siervo de Dios. ¡Ojalá y todos profetizaran!" Este mismo espíritu de desinterés, hizo que en vez de aumentar, como lo hubiera sido muy fácil, el número de sus subditos, aconsejase á los hombres de capacidad

que le consultaban, que entrasen en diversos órdenes religiosos.

Tan hábil como prudente en el desempeño de su cargo, supo conciliarse todas las voluntades y mantener entre sus discípulos tal union, que uno mismo era el corazon y el alma de todos ellos. Sin embargo no le costó poco trabajo el conseguirlo. “Apenas puede creerse, decia algunas veces, cuán difícil cosa sea gobernar á hombres libres. El único medio de conseguirlo, es hacerles sentir poco la autoridad y tratarlos suavemente.” Así es que mandaba poco y oraba mucho; y de esta suerte conseguia cuanto queria. Sin embargo, era firme cuando se necesitaba, y aun severo en los casos graves; pero no eran tanto las palabras como la expresion de sus miradas, lo que corregia á los delincuentes.

Demasiado prudente para con la humana debilidad, recomendaba no obstante á sus discípulos la obediencia sobre todas las demas virtudes. “Sin ella, decia, no podrá mantenerse la congregacion. Ella es el móvil de cuanto bien se hace en ella, y el lazo que une á sus miembros. Es, pues, indispensable espulsar de su ceno á cualquiera que rehusa obedecer ó que no obedezca sino por fuerza. Es fácil, segun me parece la observancia de una regla tan suave como la nuestra; mas si hay alguno que no pueda someterse á ella ¿por qué ha de permanecer entre nosotros, supuesto que nadie le detiene? Vale mas que se valla, y no que intro-


duzca la turbacion en la comunidad. Por lo demas estoy firmemente resuelto á no permitir que se relaje el nervio de la disciplina. Si perdono la primera falta contra la autoridad, seré inflexible para con la segunda; y ó el culpable se castigará así mismo pidiendo permiso para retirarse, ó bien yo le despediré.”

Este sábio superior velaba tambien con sumo cuidado sobre la buena administracion de las cosas temporales, en el gasto y en la conservacion de los muebles y provisiones. “Somos, decia, usufructuarios y no propietarios; lo que nós sobra, despues de cubrir nuestras necesidades, pertenece al tesoro de los pobres y es el patrimonio de Jesucristo.” Para dar mayor fuerza á sus amonestaciones sobre el particular, citaba las autoridades de Casiano, y de San Antonino de Florencia. He aquí en efecto lo que refiere el primero: “Lavaba un dia un monge unas lentejas, y arrojó la agua, en la que aun se contenian tres granos. Echó de ver su superior este descuido ó negligencia y le penitenció públicamente por muchos dias.” Respecto á San Antonino, arzobispo de Florencia, aderezaba por sí mismo las lámparas de su catedral, con el objeto de economizar en favor de los pobres el salario que hubiera tenido que dar al encargado de este trabajo. Uno de sus sacerdotes que le vió en este ejercicio, le manifestó su desagrado de encontrarle en aquella ocupacion, y el santo le dijo: “Probadme que no pertenece á los pobres

lo que tenemos, y entónces os daré gusto." Podría aun estenderme mas sobre otros hechos relativos al gobierno de Felipe; mas lo haré con mayor oportunidad al hablar de sus virtudes.

CAPITULO XI.

Habilidad de Felipe en hacer practicar la obediencia.



NO era debido ciertamente al deseo de contentar el amor propio, el gran cuidado que Felipe ponía en la pronta obediencia de sus súbditos, sino antes bien era el interés de ellos y el de la mayor gloria del Señor: y de aquí es que le dió su magestad un poder maravilloso sobre las voluntades ajenas. En efecto, apenas podrá creerse la grande eficacia de sus

mandatos: nada había por repugnante ó difícil que fuera, que no fuese emprendido y ejecutado en el momento, á la mas ligera insinuacion de su parte. Esto hacia decir al cardenal Tarugi, que los fundadores de órdenes monásticos, no tuvieron nunca súbditos mas obedientes que los que tuvo Felipe en sus Oratorianos, á pesar de no estar ligados con voto alguno. "He visto, decia, entre ellos, hombres cuya obediencia rivalizaba con la de los antiguos monges de Egipto. Si este grande hombre les hubiera mandado andar sobre las aguas ó arrojarse á una hoguera encendida, estoy seguro que lo hubieran hecho sin vacilar un momento; porque tan íntima así era la persuasion que tenían de que Dios hablaba por su boca." En apoyo de ésta verdad, puedo citar algunos hechos.

Paseábase un dia el santo con algunos de los suyos á la orilla de un pequeño lago, cuyas aguas tenían bastante profundidad. Recayó la conversacion sobre la obediencia en las cosas difíciles, y les dijo: "¿quién de vosotros está dispuesto á arrojarse en ese lago, si yo se lo mando?"—"Yo, padre mio," respondió uno de sus oyentes; y en prueba de ello se lanzó á las aguas, donde hubiera muerto sino le hubieran ayudado á salir de ellas sus hermanos.

Otra vez queriendo probar la obediencia de tres de sus discípulos, les mandó que se desnudasen hasta donde lo permitiese la estricta decencia, y que en tal estado saliesen á pasearse por las calles